

# Apuntes sobre la señorita maestra y el niño «opa»

---

SONIA ASCUE  
BRAVO\*

Corría los primeros años de los años cincuenta en el Cusco, ciudad de la sierra sur denominada el «ombigo del mundo» por haber sido el centro de un gran imperio, asombro de propios y extraños de todos los confines del mundo; era una sociedad bastante fragmentada asentada en una economía agraria con escasos visos de modernización. El campo tenía una fuerte presencia en la vida de la ciudad. El mundo rural era diverso; en este escenario, podían apreciarse grandes, medianas y pequeñas haciendas, así como pequeñas propiedades rurales y una gran población campesina que debía laborar para los señores.<sup>1</sup>

«El Alto» —así denominaremos a la gran hacienda que sirve de escenario de estos apuntes un tanto sociales y educativos— *construido a partir de los registros, de la mirada y el testimonio* de aquella entonces joven maestra que al culminar sus estudios en la escuela normal y graduarse como profesora primaria, a propuesta de su padre —un pequeño propietario de una estancia y de cierta forma amigo de los dueños de El Alto—, optaría por ser institutriz de un niño de siete años, el último de los hijos de aquellos, quien, al concluir sus estudios básicos, debería continuarlos en Francia.

La maestra refería que «su mayor y quizá única motivación que tenía para aceptar esta propuesta era la posibilidad de acceder y disfrutar de una amplia y siempre renovada biblioteca, de tal suerte que estaría mucho más informada y preparada para ingresar a la carrera pública magisterial».

En lo alto del valle, aparecía la inmensa casa hacienda pintada de blanco con grandes ventanales de fierro forjado. Estaba rodeada de hermosos jardines que le daban marco a una larga senda de gigantes palmeras y sauces. Enfrente, se levantaba el rancho con largas hileras de casitas muy pequeñas que albergaban a los trabajadores de la hacienda.

---

\* Profesora en el Diploma de Educación Inclusiva - Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

<sup>1</sup> Denominación de los propietarios de grandes y medianas haciendas.

Ya instalada nuestra amiga, inició sus tareas pedagógicas en un ambiente exclusivamente construido para este fin y especialmente acondicionado con todos los requerimientos de un aula (espacios, ilustraciones), el único alumno sería José Efraín. La maestra había diseñado un esquema de trabajo con sesiones dentro y fuera de este marco, pues consideraba que el entorno natural y humano serían recursos valiosos.

Durante buen tiempo, mientras se realizaban las clases en el aula o en las tardes de recorrido por el campo y las plantaciones, la maestra descubrió a un oculto visitante, quien a través de los cristales del ventanal o agazapado entre los arbustos o plantas les contemplaba con gran curiosidad, y luego, desaparecía muy sigilosamente.

Era un niño de gruesa textura, rostro alegre y siempre descalzo que había logrado concitar su atención. decidiendo indagar más sobre él. Julián era su nombre, tenía realmente 11 años, hijo de un trabajador de la hacienda, *era sordo de nacimiento*, todos lo llamaban «opa»,<sup>2</sup> vivía en el rancho donde grandes y pequeños, mujeres y varones le hacían el blanco de sus burlas. Se comentaba que sobre su familia pesaba un castigo divino, lo cual se evidenciaba en su discapacidad. Su familia y demás lo suponían de escaso entendimiento y poco o nada productivo, se quedaba en casa y había sido rechazado de la primera y única escuela a la que quiso ingresar.

Un buen día, nuestros protagonistas se saludaron amicalmente. Julián tras echar una mirada vigilante al entorno y mediante señas y gestos le pidió a la maestra que le enseñe a leer y escribir; asimismo que la aguardaría sin ser visto. Impactada por el entusiasmo y los relatos sobre la infortunada vida de este pequeño, decidió ayudarlo. En un ejercicio de mutua complicidad, habían iniciado sus jornadas, estableciendo diferentes formas y medios para comunicarse además de las señas, los elementos del ambiente, flores y hojas de diferentes colores, que simbolizaban distintos mensajes, preparó también un álbum con muchas figuras que graficaban objetos, personas, situaciones, actividades del contexto, el suelo era otro recurso que hacía de pizarra para dibujar las letras con la yema de los dedos. La maestra también se percató de que, al hablarle frente a frente, él le comprendía más. Algunas veces trastocando el orden establecido y apelando al ingenio, Julián y José Efraín compartían las caminatas y las lecciones al aire libre. Una tarde junto al río, al ver correr el agua con tanta fuerza, Julián les refería insistentemente que podía escuchar el ruido del agua. Los tres lo celebraban.

---

<sup>2</sup> Apelativo con el que se denominaba en el mundo andino a las personas con discapacidad auditiva.

Al paso de algún tiempo con dedicación y esfuerzo, Julián logró escribir y leer, lo cual facilitó mucho la interacción y su avance. Sus tareas eran cada vez más desafiantes y siempre las dejaba concluidas para su revisión entre las plantas del jardín, donde también recogía las siguientes. La maestra, viendo sus logros y en relación con su edad, le hizo a Julián un programa multigrado, «era genial en el cálculo» comentaba; sin embargo, no pocas veces, la maestra sintió mucha impotencia de no entenderlo especialmente cuando se mostraba triste por algún suceso del día.

Para complementar estas lecciones, la maestra había buscado alguna información sobre estos niños, su educación y su socialización, en la realmente amplia biblioteca de la hacienda, pero no tuvo mayor suerte. La perseverancia de Julián y algunos resultados del trabajo compartido le parecieron suficientes.

El pequeño, entre otros valores, mostraba reconocimiento, gratitud; fueron varias las veces que a insistencia suya obsequió a su maestra una canastita con huevos, argumentando que eran de sus gallinas y no sustraídos.

En algún momento, el padre de Julián se encontró con la maestra, este la saludó con especial reverencia; no hubo ningún comentario, sino un silencio implícito que probablemente les alegraba mutuamente.

Transcurrieron muchos meses en esta encantadora y atrevida empresa; lo cierto es que el *niño «opa» y la maestra no olvidarían sus mutuos desafíos y frutos.*